

MUJERES TABASQUEÑAS, IDENTIDAD DE NUESTRO PUEBLO

Carlos Manuel Gómez Cordero

Licenciado en Historia y Maestro en Ciencias Sociales por la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco.

Artículo Recibido: 09 de junio de 2015. Aceptado: 19 de febrero de 2016

RESUMEN. Este artículo destaca a la mujer como personaje y aporte a la cultura popular tabasqueña. Nos adentra en el quehacer cotidiano de cinco féminas que por su actuar, particular forma de ser y pensar trascendieron la barrera del tiempo y sus anécdotas siguen vigentes entre la población. Describe la peculiar historia de vida de cada una de ellas, que nos ubica en el tiempo y espacio en que vivieron. “La vieja mosquito”, “Doña Chica Pérez”, “Mónica Collins”, “La tamalera Doña Eligia” y “La maestra Luz” es como son identificadas en la entidad tabasqueña, motes adquiridos por particularidades que las caracterizaban.

Palabras Clave: Mujer, identidad, personaje.

INTRODUCCIÓN.

Dentro del paisaje humano que existe en todos los rincones tabasqueños, abundan mujeres que por su forma de pensar, vestir, actuar o hablar distinto a las demás suelen parecernos especiales, lo que las coloca fuera de lo que es nuestra realidad en los pequeños universos provincianos que me toca habitar.

Pocas veces se habla y se reconocen a las mujeres que fueron parte del paisaje popular tabasqueño, cuya aportación al pueblo que las vio nacer o las adoptó, han

contribuido en mucho, a salvaguardar nuestra identidad y nuestras raíces.

En las crónicas de Pepe Bulnes, Isidoro Pedrero Totosaus y otros autores se narran los acontecimientos de mujeres de carne y hueso que en diferentes escenarios y espacios en el tiempo, dejaron huellas inolvidables en el recuerdo del pueblo tabasqueño.

El presente trabajo conmemora y reconoce a cinco de ellas que con su quehacer diario marcaron una época y han trascendido al paso de los años por su aporte a la cultura

popular tabasqueña. De manera amena se hace una descripción de la persona, de su forma de actuar, de su acontecer cotidiano y sus anécdotas para lograr adentrarnos en sus vidas y el por qué siguen vigentes hasta nuestros días.

Nuestro reconocimiento y un respetuoso homenaje a todas ellas.

“LA VIEJA MOSQUITO”.

Joven y bella mujer llegó a San Juan Bautista el 18 de junio de 1863 a bordo del vapor “El Guaraguao” con el imperialista Eduardo González Arévalo, procedente de Granada, España.

Vivió en una gran mansión ubicada en la loma de Esquipulas y esquina con la calle de “La Pólvora”, hoy General Pedro C. Colorado.

Experta amazona, hacía sus paseos ecuestres hasta Tierra Colorada, El Carrizal y las quintas cercanas a la población acompañada por un selecto séquito de damas y caballeros.

González Arévalo estaba loco de amor por ella, la servía y obsequiaba todos sus

gustos por su talento, hermosura y bondad. A ella se debió la instalación del hospitalito “Arévalo” del barrio de “La Punta”, ubicado en el cruce de las calles Independencia y Ocampo, así como el esplendor que alcanzó en esa época la iglesia de “Mayito”, cerca de “Cura Hueso”. Su altruismo quedó de manifiesto en todo momento, no hubo persona que dejara de sentir admiración por ella.

Al ser removido Arévalo, el 20 de enero de 1864, después de la derrota en la batalla del “El Jahuactal” la abandonó y dejó sola en Tabasco sin un sustento económico. A raíz de su precaria situación vendió todos sus bienes y se fue a vivir a un barrio pobre de la ciudad, convirtiéndose en una persona apocada, abatida y medrosa, apagándose su belleza.

Áspera y malhumorada por su desdicha se vio en la necesidad de mendigar para sobrevivir ya que no tenía donde morar. Envejeciendo prematuramente antes de llegar a los 40 años.

Con nueve décadas en su haber vivía en todas partes cargando su desdicha y pobreza. Por presentar una enfermedad

que le causaba comezón en las piernas tuvo la manía de sacudir sus harapos como queriendo “devanar” los mosquitos; de ahí el mote de la “Vieja Mosquito”. Falleciendo en el Hospital Civil de San Juan Bautista.

DOÑA CHICA PÉREZ.

Francisca Pérez Notario llegó a Tabasco en tiempo del Imperio con su esposo, un militar juarista que la abandonó en sus años mozos

Desde entonces compró una choza de jahuacte y guano por “Mayito” e instaló en 1904 una pensión de caballos, donde nunca permitió que la molestaran pasando las 9 de la noche, hora en que cerraba el portón, porque propinaba una buena tunda de palos al que se atreviera. Se hizo célebre por sus dulces, curtidos, amoríos, nacimientos navideños y su lengua de puñal, teniendo un gran resentimiento contra los hombres por el abandono que sufrió.

Su fama se debió a sus nacimientos navideños, en los cuales gastaba sus ahorros del año; verdaderas caravanas de curiosos llegaban hasta su casa a admirarlos y eran agasajados por Doña

Chica con sus deliciosos dulces y frutas curtidas.

Como heroína, doña Chica Pérez, en 1872 encabezó a un grupo de más de 50 mujeres para vengar la muerte de su pareja en turno, el comandante don Cornelio Castillo, hermano del gobernador Eusebio Castillo. Se amotinó en el Hospitalito, la cárcel general y el “Principal” contra los “Radicales” donde los atacaron, hirieron y a otros los mataron.

Murió sola en su casa, junto al puente de “Mayito”. Manuel Pérez Merino esculpió sobre la tumba de doña Chica este epitafio: “Fue una heroína que defendió la patria, cuando había que defenderla” [Bulnes, 1981].

MÓNICA “COLLINS”.

Mónica Guzmán le hurtó a don Celedonio Jiménez un machete de los conocidos como “Collins” y el cual cargaba para todos lados, por lo cual fue bautizada como “Mónica Collins”. Nadie conoció a sus padres, tampoco se supo de donde era.

Mónica Collins era alegre, de ojos vivillos y audaces, sus dientes blancos y parejos,

estatura alta, flaca y con los pies demasiados grandes. Era mal vestida, usaba blusas de colores chillantes y enaguas llamativas.

Insustituible en toda fiesta cualquiera que fuere, nadie como ella para animar y organizar las pachangas. Solo tuvo cuatro amores, un canastón de bejuco, Chepilla una niña de crianza, su machete y un almanaque que le servía para buscar diariamente el santo de sus conocidos.

Narraba Bulnes (1981), que Mónica llegaba con anterioridad a la casa del festejado, allí se instalaba, adornaba la casa, con su machete aliñaba los animales, preparaba los guisos, buscaba con los vecinos las sillas y bancas para sentar a los invitados. Iba a la cohetería a comprar cargas de voladores y los garrafones de aguardiente de caña, trataba la música para el baile, cargaba los canastos de pan y las cajas de gaseosas del guacho. Invitaba a las amistades del barrio y conocidos de la familia fiestera, lavaba los pisos con agua, jabón y lejía, sacudía las telarañas de la casa, con su machete desmontaba los patios y pasillos y alistaba las lámparas limpiando las

bombillas y llenándolas de petróleo. El día de la fiesta ni que hablar, ya tenía todo listo y preparado; ella se encargaba de todo el trajín, atendía a los invitados, repartía los tragos, las gaseosas etc., y por supuesto después de servir el banquete se disponía a bailar zapateado. Todavía se quedaba por dos o tres días después de la fiesta en la casa del festejado.

Así pasaron 30 años hasta que Chepilla, su protegida, creció y se la llevó “El Diablo”, un tal José Ángel Custodio, con quien casó. El viejo canasto de Mónica Collins soltó las amarras de bejuco, su machete perdió el filo y los santos del calendario volaron al cielo. A Mónica Collins la llevó al cementerio Exiquio Bonilla, el enterrador de San Juan, en 1913 a sus 71 años de edad.

LA TAMALERA DOÑA ELIGIA.

Doña Eligia Barrientos fue tamalera toda su vida, comenzó sus actividades con “*La Mondonguito*” y la “*Chile Menudo*”; vendía tamales de puerco muerto (como ella decía) en el puesto que tenía en “La Plaza Vieja”.

La “*Mondonguito*” vendía librillos y mondongos crudos a 6 centavos el montoncito y doña Andrea Bautista, “*La Chile Menudo*” recibió este mote por vender chiles chiquitos, conocidos como piquín o pico-paloma en un centavo cada montoncito.

Doña Eligia comenzaba con sus quehaceres desde el sábado por la tarde en su casa de la calle de Ayutla, preparaba el guiso que debía echarle a las cabezas de puerco que desde temprano le llevaba Goyo Cano. Tenía tres ayudantes, una desgranaba el maíz, lo cocía y lo molía sobre una piedra, la otra muchacha salía a comprar las hojas de plátano a la casa de doña Chepa Traconis y las preparaba para las envolturas del tamal, la última muchacha ayudaba a doña Eligia moliendo los condimentos, después se dedicaban a envolver los tamales y acomodarlo en un perol de hierro donde acomodaba más de 100 tamales, esto lo hizo por más de 30 años. [Bulnes, 1981].

Tía Eligia, como la llamaban los estudiantes del Instituto Juárez, era regordeta, de grandes posaderas, usaba enaguas largas de muchos pliegues.

Malgeniosa pero caritativa. Nunca regaló un tamal, pero obsequiaba dinero a quien lo necesitaba.

Murió con más de 80 años de edad, cuando la llevaban al panteón iban llorando tras el féretro muchos parranderos y trasnochadores, porque sus tamales tenían la virtud de quitar los ardores de estómago.

LA MAESTRA LUZ.

Doña Luz Loreto Villegas, “La Maestra”, por espacio de 60 años consagró su vida a la enseñanza de las primeras letras con el libro de “Mantilla” y la cartilla de San Miguel en su domicilio de la calle Peredo, junto al Instituto Juárez.

Era una mujer larguirucha, pálida y delgada; que llevó una vida retraída, incolora, aislada, gris y triste. Su única distracción era asistir, todos los domingos, a la misa de las 11 en la catedral de Esquipulas y colocar todos los diciembres un vistoso “nacimiento” en su casa.

Solo se le conocieron dos novios, el Licenciado Justo Cecilio Santa Anna y don Manuel Díaz Prieto.

Ella decía que fue la primera que implantó en Tabasco el “Método Rébsamen” (modo de deletrear en voz alta). Cobraba por enseñar a leer y escribir un peso mensual y como eran 30 o 35 niños su ganancia era poca.

Cuando en Tabasco se instauró el sistema “Racionalista”, la escuelita de la maestra Luz Loreto fue clausurada por estar fuera del llamado “Plan de estudios” al no usar el sistema fonético, puesto en vigor.

Se encontraba arreglando con sus sobrinos un litigio relacionado con la casa donde vivía cuando la sorprendió la muerte a una edad que rebasaba los 80 años.

BIBLIOGRAFIA.

Pedrero Totosaus, I. (1988). *Vidas que Alumbran*, UJAT, México, 260 p.

Priego Martínez, J. (2001). *Tabasco, la mejor tierra que el sol alumbra*, Gobierno del Estado de Tabasco, México, 189 p.

Bulnes, P. (1981). *Tipos tabasqueños*, Consejo Editorial del Gobierno de Tabasco, México, 413 p.

CONCLUSIÓN.

Nuestros personajes referidos vivieron una serie de circunstancias que en ocasiones forjaron su carácter y en otras fueron parte de su infortunio.

Vivieron su momento y supieron dejar huella por sus acciones, ello nos muestra que las mujeres a pesar de sus realidades cotidianas forjan caminos con su talento en el ámbito en que se desenvuelven.

Es significativo mantener viva en nuestras historias a estas y otras muchas mujeres que fueron parte del paisaje popular tabasqueño y que han dado una identidad a nuestro querido Tabasco porque ellas hacen la diferencia.